

dé color negro más reluciente. Otras veces la cubierta solía ser de un amarillo uniforme, sobre el cual resaltaban en líneas rojas flores, palmeras, avestruces, gacelas y barcos entre rayas ondeadadas. Los hombres iban casi en cueros, excepto los nobles, que llevaban una piel de pantera al hombro, ó á la cintura, á guisa de taparrabos. Se untaban el cuerpo con grasa ó aceite y se tapaban en parte la cara. Más adelante sólo conservaron tal adorno las gentes bajas, pero se sostuvo la costumbre de usar afeites y de ennegrecerse con kohol el borde de los párpados y las cejas. Se substituyó la cabellera natural con pelucas azules ó negras,

y los jefes militares y religiosos se adornaban la cabeza con plumas de avestruz para distinguirse de sus subordinados. Luego reemplazó el taparrabos de hilo blanco á la piel de pantera, que sólo llevaban los príncipes y sacerdotes. Un largo manto de lino cubría todo el traje cuando se salía de casa. El vestido de las mujeres era casi tan sencillo como el de los hombres y consistía en una saya estrecha de lino, sujeta á los hombros con tirantes y que no llegaba á los tobillos. Completaban el traje pulseras y collares de pedernal, marfil, concha, semillas de colores y piedras raras.



Estatua de Neptitis.

Las armas de los hombres eran rompecabezas, sables de madera ó hueso, de formas varias, arcos, flechas y lanzas con punta de hueso ó pedernal. Empleaban como armas arrojadas la honda y el boomerang. Ya antes de la edad histórica se usaban los metales para armas y herramientas, y empleaban todas las clases de la sociedad el cobre, luego el bronce y, finalmente, el hierro. Las armas de madera y piedra, mazas, flechas, rompecabezas y boomerangs no servían más que para la caza, ó no las conservaron más que la nobleza ó el clero como emblemas de la autoridad ó instrumentos de rito. La pesca y la caza proporcionaban una parte importante de la alimentación. Se cazaban con lazo ó bola toros bravos y gacelas ó cabras que vagaban por las montañas y los pantanos. Se cultivaban el trigo, la cebada

y el mijo, y se habían domesticado ya el asno, el carnero, la cabra y el buey. Los egipcios antehistóricos poseían la mayor parte de las herramientas agrícolas, industriales y militares que figuran en los monumentos de la época histórica.

A aquellas generaciones poco conocidas pertenece, pues, el honor de haber establecido la constitución y civilización de Egipto. Pronto se borró el recuerdo preciso de su condición, y los cronistas de la edad faraónica, con esa instintiva ingenuidad que incita á los pueblos á buscar la perfección en lo pasado, consideraban á sus antepasados semisalvajes como hombres piadosos, consagrados al culto de Horo, los cuales vivían felices bajo la autoridad de los dioses. Separados primero en clanes independientes aquellos servidores de Horo debieron de agruparse para instalar á orillas del Nilo pequeños Estados con leyes y cultos particulares. Con el tiempo se fundieron y no quedaron más que dos grandes principados: el Bajo Egipto (*To-muri*) ó País del Norte, y (*To-mehi*) en el Delta, y el Alto Egipto ó País del Sur (*To-resi*) desde la punta del Delta hasta la primera catarata. La reunión de ambos países bajo un solo cetro constituyó el patrimonio de los Faraones ó país de Kimit, pero no se borró por esto la división primitiva. Los pequeños Estados se convirtieron en provincias y fueron origen de las circunscripciones administrativas, llamadas *nomos* por los griegos. Estos se componían de una ciudad ó varias y de un territorio bastante pequeño. Cada nomo se subdividía en: 1.º Capital (*nui*) con sus afueras, residencia de la administración civil y militar, centro religioso provincial. 2.º Tierras productivas, con cultivo de cereales, fecundadas anualmente por la inundación. 3.º Tierras pantanosas (*pah'n*), donde el agua del Nilo dejaba estanques de difícil desecación, y se dedicaban á pastos, á cultivar loto y papiro,



Amón en los monumentos antiguos.

ó á criar aves acuáticas. 4.º Canales derivados del Nilo para las necesidades de la agricultura ó navegación. A la cabeza de la administración estaban los príncipes hereditarios (*hak* ó *haiti*) que en ciertas épocas constituyeron un verdadero feudalismo, y otras veces fueron substituídos por nomarcas que el rey nombraba. La autoridad religiosa correspondía, bajo la inspección del príncipe ó monarca, al gran sacerdote del templo, ya electivo, ya hereditario. Los habitantes pagaban un tributo en especie, proporcional á la riqueza territorial, para cuyo reparto había censos y catastros frecuentes. Estaban sujetos además á una especie de quinta para el servicio militar y á la prestación personal para las obras públicas.

Variaba, según la época, el número de nomos. La mayor parte de los historiadores antiguos enumeran 36. Las listas egipcias dan, á veces, 44. El más meridional se llamaba To Khentit y confinaba con Nubia. Sucapitalera Abou, la Elefantina de los griegos, y más adelante, en tiempo de los romanos, Nou-bit, Ombo. A barcaba,



La diosa Mather y el buey Apis.

con la ciudad de Souanou (Syena), las dos islas célebres de Senomuit (Bigeh) y Lak (Ailak, Pilak, Pila) que sirvieron de refugio á los últimos paganos de Egipto para librarse de las persecuciones cristianas. Luego estaba el nomo de Tas Horu (Apolonites) con Dobu (Apolinópolis Magna) y Khonon (Silsilis) y el de Ten (Latopolites). La metrópoli de éste fué primero, Nekabit, que el sabio Champollión ha identificado con la griega Eilithia. El nombre de Nekhabit suena en los hechos más importantes de la historia de Egipto. Cuando reinaba la dinastía XVII y dominaban el Delta los reyes llamados Pastores, los príncipes independientes del Sur hicieron de esta población su baluarte y hasta su capital. Su gobierno correspondía á un príncipe de la familia real denominado Hijo Real de Nekhabit. Más adelante,

en la época grecorromana, cedió Nekhabit el primer puesto á Sanit (Latópolis) que es la Esneh moderna.

Los nomos más importantes, fueron: el de Onisit, el Phatysites de los griegos, donde estaba Apit: Tapit, la Tebas de cien puertas de que habla Homero, morada de Amón, rey de los dioses y creador del mundo (Pa Amón, Diópolis Magna). Su origen se perdía en la noche de los tiempos y se la tenía por patria de Osiris. Fué capital de Egipto desde la dinastía XII hasta la XX, y el año 27 antes de J. C. la destruyó un terremoto. El nomo de Tinites tuvo por capital á Abudu (Abidos), una de las ciudades egipcias más ilustres. Estrabón dice que era la segunda del imperio, y ninguna se menciona con más frecuencia en los monumentos. Se la respetaba universalmente como ciudad santa. Sus santuarios eran célebres, y muy venerado su dios Osiris.

El nomo de Muro Blanco (Aubuhait, Memfites), cuya principal ciudad era Memfis ó Mannofis, una de las plazas más fuertes de Egipto, se componía de una ciudad antigua, Muro Blanco, donde estaba el gran templo de Phtah y de otros varios barrios. La fundación del Cairo fué funesta para Memfis, y en tiempo de los sultanes mamelucos, no era más que un triste campo cubierto de escombros. Sus restos ofrecían al espectador en el siglo XIII una reunión de maravillas que confundía la inteligencia, pero desde entonces, una parte de aquellos restos, transformada en cantera, ha servido para construir las casas del Cairo, y el limo ha cubierto lo demás.

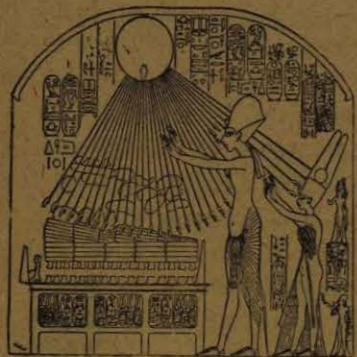
Heliópolis, llamada por los egipcios Onou del Norte, era la capital del nomo Heliopolites, una de las poblaciones religiosas más célebres de Egipto, y residencia de una escuela de teología célebre en todo el mundo. Según la tradición griega, allí estudiaron ciencias y filosofía largos años Solón, Pitágoras, Platón y Eudoxio.



Imagen de la diosa Bast.

Egipto prehistórico; dioses y dinastías divinas

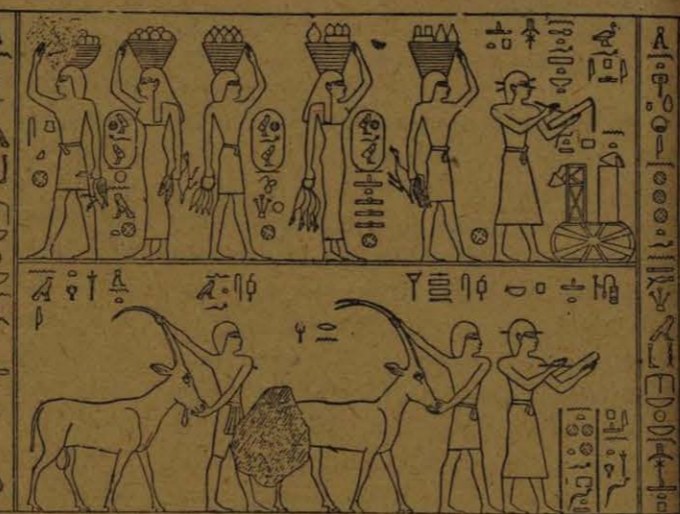
Los monumentos nos enseñan que en tiempo de las primeras dinastías, cada nomo tenía sus dioses especiales. En las cataratas se adoraba á Khnoumou, en Thinis á Anohuri, en Heliópolis á Ra y en Mendes á Osiris. Nada permite



Adoración del disco solar.

suponer lo que eran aquellas divinidades al principio, ni si los egipcios las trajeron de su patria primitiva ó si muchas nacieron á orillas del Nilo. Cuando las encontramos por primera vez, se había modificado ya profundamente su forma por la acción de los siglos, y carecían de los rasgos de su naturaleza primitiva. Se repartían en tres grupos de origen diferente: los dioses de los muertos, los dioses de los elementos y los dioses solares. Sokaris, Osiris, Isis, Anubis y Nephtys son consagrados especialmente á la protección de los difuntos.

Los dioses de los elementos representan: Gabu á la tierra, Nuit al cielo, Nou el agua primordial, Hapi el Nilo y, probablemente también, dioses como Sovku, Sit-Tifon, Haroeris, Phtah, cuya historia casi ignoramos. Entre los dioses solares, conviene mencionar primeramente á Ra, el sol, Atonu, el disco solar, Shour, Anhuri y Amón, el de los días. En los textos religiosos más antiguos que conocemos, son estos seres como una especie de duplicados geográficos ó políticos unos de otros. Sokaris era el señor de los muertos en Memfis, como lo era Osiris en otros lugares. Donde se adoró al sol con el nombre de Ra, se le



Presentación de sacrificios á los dioses. (Del sepulcro de Heta en Gireh.)
Los escribas apuntan los dones entregados: Los aldeanos y las aldeanas de la primera línea representan las distintas aldeas cuyos nombres se citan al lado.

había tomado esposa, á él le correspondía el primer lugar. Por un progreso natural, se lle-

adoraba al principio con el nombre de Hur. Los tres grupos poseían primitivamente facultades y atribuciones bien determinadas. Se completaban, pero no se confundían. El mismo nomo podía tener sus dioses particulares de los muertos, de los elementos y solares. No había todavía divinidades en las que la idea del sol y de los elementos se mezclase con la de los muertos.

No parece que el patrono principal de cada nomo tuviera que revestir necesariamente forma masculina. Hubo diosas que disfrutaban categoría suprema, como Hathor en Denderah, Nit en Sais y Nekhabit en El-Kab. En otros lugares, el dios no era único, sino que se dividía en dos personalidades mellizas, ambas varoniles, como Anhuris Hus en Thinis, ó una varón y otra hembra, como Shon Tahnuit en Heliópolis. Estos dioses no eran aficionados á la soledad. Formaban familias imitando lo que ocurría en la tierra. Cada cual se casaba á su gusto, tenía un hijo, y constituía una Trinidad. De Phtah y de la diosa Sokhit nació Nefertunus; de Osiris é Isis, Harpócrates (el Horo niño), y los dioses secundarios de la ciudad se agrupaban alrededor de la trinidad. Cada una de éstas conservaba el carácter de la divinidad que la había creado. Donde la diosa había elegido esposo, ésta era el personaje principal: cuando era un dios el que

gó á considerar que el hijo era igual á los padres de quienes procedía y, por lo tanto, que en vez de ser las tres divinidades distintas, podían ser tres aspectos de una sola. Cada nomo se forjó su dios en tres personas, cuya existencia comprueban los monumentos más antiguos, y al cual llamaban el dios por antonomasia, el dios uno, ó el dios único, pero siempre se le daba un nombre: ya era el dios único Amón, ó el dios único Phtah, ó el dios único Osiris, es decir, un ser determinado con una personalidad, un nombre, atributos, traje, miembros y familia: hombre infinitamente más perfecto que los hombres. Aseméjase este dios á los reyes de la tierra, y el poder de los dioses vecinos limita el suyo. El concepto de su unidad es, pues, tan geográfico y político como religioso. Ra, dios único en Heliópolis, no es el Amón, dios único en Tebas, pero la unidad de cada uno, aunque absoluta en la extensión de su dominio, no excluía la realidad de los demás dioses. El habitante de Heliópolis pensaba que Amón era dios poderoso, aunque inferior á Ra, y le respetaba algo. Cada dios único lo era del nomo ó de la ciudad, pero no de la nación.

Generalmente se representa en Egipto á los dioses á imagen del hombre, vestidos como éste, y llevando en la mano los emblemas de su poder. Unos son hermosos, como Phtah y Hathor; otros verdaderos monstruos, con deformidades naturales. Junto á estos dioses de forma humana, nos enseñan los monumentos bue-

un cinocéfalo ó un ibis. Horo era un gavilán. Cada nomo ofrecía á la veneración de los fieles un dios-hombre y un dios-bestia. Thot-

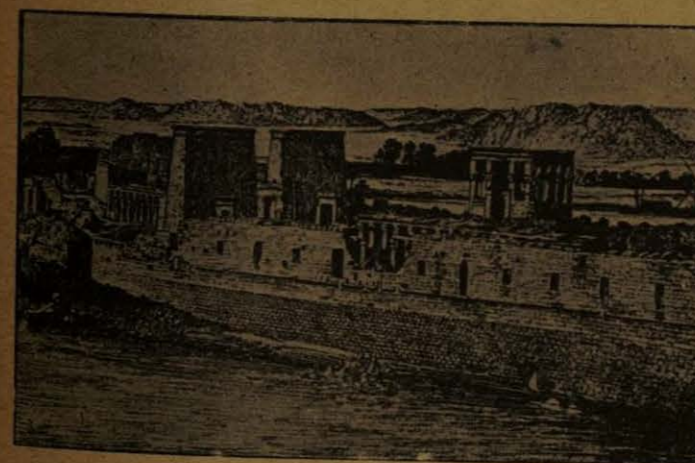


Pintura mural de un sepulcro.

Louku era un cocodrilo, Harmakhis una esfinge con cuerpo de león y cabeza humana, Amón un ganso, Anubis un chacal. Al principio fueron adorados como animales, porque se les temía ó se les reconocía una fuerza y valor superiores á los del hombre, ó porque servían á éste y le facilitaban la vida. Luego se modificó la primera idea, y el animal dejó de ser propiamente el dios para convertirse en residencia ó tabernáculo vivo en el que los dioses infundían una partícula de su divinidad. El gavilán fué la encarnación de Horo, y no el mismo Horo, el chacal y el buey la encarnación de Anubis, y de Phtah, y no estos mismos. Desde entonces se concibió indiferentemente á los dioses bajo su

forma bestial ó bajo su forma humana, y á veces en forma mixta. Por ejemplo: Horo es tan pronto hombre como es gavilán, y hombre con cabeza de gavilán, ó al revés. A veces, la absorción del dios-bestia por el dios-hombre no tenía más razón que la de un juego de palabras. Sit-Tifón respondía al hipopótamo, porque en egipcio Tifón se llama Tobhu y el hipopótamo Tobu.

Algunos de los dioses animales siguieron la suerte



Los templos de Philoe.

de los dioses-hombres á quienes estaban asociados, y se los adoró en todo el país, como el escarabajo de Phtah, el ibis y el

cinocéfalos de Thot, el gavián de Horo, el chacal de Anubis. Unos animales preconizados en un nomo, eran proscriptos en otros. La gente de



Estatua de Osiris.
(Museo de Madrid.)

Elefantina mataba á los cocodrilos, mientras los sacerdotes de Tebas y Shodu elegían á uno hermoso, al cual alimentaban, después de enseñarle á comer en la mano, poniéndole aretes de oro ó tierra esmaltada y pulseras en las patas de delante. El culto de los animales sagrados resultaba tan caro como el de los dioses de forma humana, y más de un particular rico se gastaba una fortuna en hacerles espléndidos funerales. Su fallecimiento era un luto público para el nomo, y á veces para todo Egipto: su muerte violenta, un crimen capital. Cuando un indígena ó extranjero mataba á un animal sagrado, aunque fuera sin querer, lo grababan á veces los sacerdotes preservar al culpable del furor del pueblo, imponiéndole una penitencia, pero lo general era que no pudieran salvarle. Una vez que un italiano, establecido en Alejandría, mató un gato, cuenta Diodoro de Sicilia, que el pueblo le hizo pedazos, á pesar de ser ciudadano romano y de las súplicas del rey, que por ser vasallo de Roma, tenía perder la corona.

Los animales sagrados más célebres eran el buey Mnevis y el ave Bonou, el Fénix, en Heliópolis; el macho cabrío de Mendes y el buey Hapi en Memfis. El macho cabrío de Mendes era el alma de Osiris, y el buey Mnevis, el alma de Ra. El ibis pasaba por encarnación de Osiris, y el gavián por la de Thot.

El toro Hapi había acabado por ser para



Pastores y rebaños egipcios. (Pintura mural.)

los egipcios la expresión más completa de la divinidad en un cuerpo de animal. Procedía á un tiempo de Osiris y de Phtah: por eso se le llama la segunda vida de Phtah y de Osiris.

No tenía padre; pero un rayo de luz, bajado del cielo fecundó á la ternera que lo había parido, y que ya no pudo parir más. Tenía que ser negro, llevar en la frente una mancha blanca triangular, en el lomo la figura de un buitre ó de un águila con las alas abiertas, y en la lengua la imagen de un escarabajo. Los pelos de su cola eran dobles. El escarabajo, el buitre y las demás señales que dependían de la presencia y disposición relativa de ciertas espigas, no existían en realidad. Los sacerdotes, iniciados en los misterios de Apis, eran los únicos que llegaban á conocer estas marcas, y sabían ver en ellas los símbolos del animal divino, como los astrónomos se imaginan en ciertas colocaciones de estrellas la forma de un dragón, una lira ó una osa. El buey vivía en Memfis en un santuario contiguo al templo de Phtah y recibía de los sacerdotes honores divinos.

Su vida no podía exceder de cierto número de años determinado por las leyes religiosas. Pasados veinticinco años, los sacerdotes lo ahogaban en una fuente consagrada al sol. Esta regla, vigente en la época romana, no existía ó no se aplicaba con rigor en los tiempos faraónicos, pues dos bueyes contemporáneos de la dinastía XXII vivieron más de veintiséis años. El Hapi difunto se convertía en un Osiris y tomaba el nombre de Osor-Hapi, ú Osiris-Apis, del cual sacaron los griegos el de su Serapis. Al principio, todo animal sagrado tenía su tumba en la parte de la necrópolis memfita, llamada por los griegos Serapeión. Se componía de un edículo adornado con bajo relieve, en el cual había una sala cuadrada, baja de techo.

A mediados del reinado de Ramsés II se sustituyeron las capillas aisladas por un cementerio común, abriendo en la roca viva una galería de cien metros de larga, con habitaciones á los



Sarcófago de Amén
Emhat.
(Museo de Madrid.)



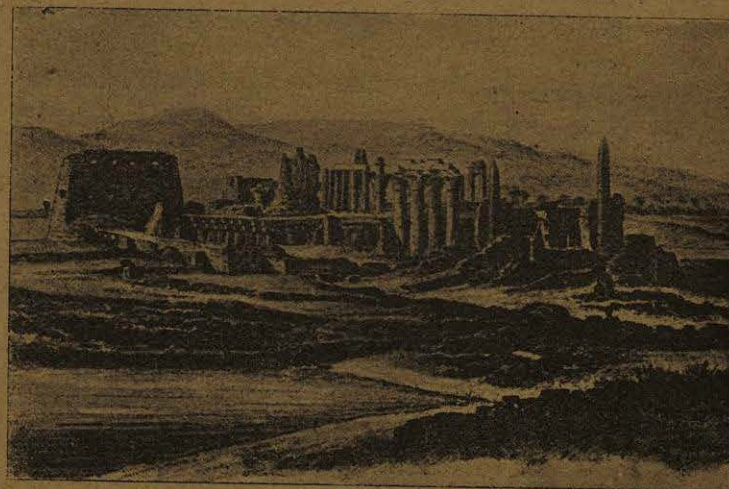
Egipcios esculpiendo una esfinge.

lados. El número de galerías y salas fué aumentando según era necesario. Colocada en su sitio la momia de Hapi, se cerraba con un muro la entrada de la tumba. Los visitantes y devotos solían empotrar en el muro de cierre ó en las partes cercanas á la peña, un pilar ó varios con su nombre y una plegaria al Hapi muerto. En los últimos días de Egipto se dispersaron los sacerdotes, fueron violadas las tumbas y, al cabo de algunos años, estaban cubiertas de arena. A los catorce siglos de olvido, las descubrió el sabio Mariette en 1851.

Los dioses de los elementos (Gabou, Nuit, Tonen) se prestaban poco al culto, y su influencia no tardó en ser inferior á la de los dioses solares. El sol, Ra, era patrono de la ciudad de Onou, que hizo un gran papel en los tiempos antehistóricos y debió al predominio de esta su ciudad de origen la primera categoría entre los dioses de todo el país. Sus sacerdotes, tratando de representar la creación del mundo, dedujeron que se debía á la acción concertada

de determinado número de divinidades, cada una de las cuales había llevado á cabo una función necesaria á la organización del Universo. Habían elegido los dioses de las agrupaciones vecinas, y subordinándolos al suyo, combinaron un sistema de nueve personas, una Eneada omnipotente, cuyos miembros procedían uno del otro. Al principio, Ra había salido de las aguas primitivas, ó sea de Nu, en el cual reposaba inerte, y por su sola energía, había sacado de sí mismo una pareja divina Shu y Tafnuit, dueños de la aurora y del ocaso, de la atmósfera y de la lluvia. Shu y Tafnuit engendraron á Sibú-Gabu, el dios tierra, y á Nuit, la diosa cielo. Gabu y Nuit tuvieron por hijos á Osiris y á Tifón, á Isis y á Nephtys, que introdujeron en el mundo la civilización, la muerte y la resurrección. Esta primera Eneada grande, se completó con otras dos menores, la segunda de las cuales, que empezaba con Horo, hijo de Isis, comprendía los dioses civilizadores y vivificadores, Thot, Anubis, Hathor y, así sucesi-

vamente, mientras la tercera se componía de los dioses de la muerte y de los manes. Las tres Eneadas y la idea cosmogónica que expresaban se esparcieron tanto más rápidamente cuanto que en todo Egipto existía el equivalente exacto de los seres que ponía en escena. Donde quiera que existiese un dios Sol, llamábase Anhuí, Shu, ó Khopi, se le identificó con el Ra de Heliópolis y se le consideró como jefe de las Eneadas creadoras y organizadoras del universo. En Hermópolis,



Templos de Karnak.

los sacerdotes variaron la teoría corriente con un concepto original. Su dios Thot era un brujo, que, en virtud de la voz y de fórmulas mágicas, había sacado el mundo del caos.

Le dieron por asesores ocho dioses, cuatro varones y cuatro hembras, que simbolizaban el cielo y sus soportes, el día y la noche, y la duración. La Eneada hermopolitana, menos difundida que la heliopolitana en la masa de la población, encontró acogida favorable en los teólogos, dando ocasión á especulaciones filosóficas ó cosmogónicas hasta los últimos momentos de la religión egipcia.

El hombre había sido creado, como el resto del Universo, en el mismo momento en que Ra, el sol, salió de las profundidades del agua eterna.

La tradición quería que al principio el hombre no conociera ninguna de las artes necesarias á la vida. Desconocía el lenguaje y estaba reducido á imitar los gritos de los animales. Los dioses de las diversas Eneadas se encar-

garon de educarlo, y le gobernaron unos tras otros. La residencia de los dioses en la tierra duró millares de años y su sucesión formó tres dinastías divinas, cuya composición varía según las épocas y los lugares. En Heliópolis, Atum era el primero en la lista, y luego se enumeraban:

El rey del Alto y Bajo Egipto, Ra, vida, salud y fuerza.

El rey del Alto y Bajo Egipto, Shu, hijo de Ra, ídem íd.

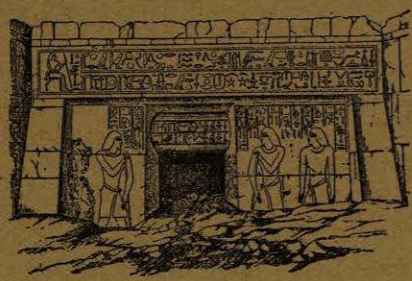
Gabou, ídem íd.

Osiris Ounofri, ídem íd.

Sit, ídem íd.

Horo, todos ellos con igual título de reyes del Alto y Bajo Egipto.

En Memfis, estaba Phtah á la cabeza. En Tebas, Atum y Phtah cedían la primacía á Amonrá, rey de los dioses, *dios de la primera vez*. Los egipcios de siglos posteriores consideraban la época de esta primera dinastía como la edad de oro, que recordaban con envidia. Para ponderar alguna cosa como superior á lo imaginable, decían que no se había visto otra semejante desde los tiempos del dios Ra. El reinado de



Entrada del templo de Neferbaupah. (V. dinastía.)

aquellos dioses monarcas no estaba menos lleno de acontecimientos que el de los Faraones reales. No conocemos más que fragmentos de su historia, pero éstos honran grandemente la imaginación de los egipcios. Ra tuvo que luchar en su decadencia, contra la ingratitude de los mortales. Después de crearlos é instruirlos, conspiraron contra él, y tuvo que reunir secretamente á los dioses, en el gran templo de Oun, para buscar medio de defensa. Decidieron destruir la raza de los culpables, y se encargó de ejecutar la sentencia la diosa Tafunit, de hocico de leona. Descendió entre los hombres, hizo una gran matanza, y presentó á Ra la sangre de las víctimas, que llenaba siete mil cántaros. Apaciguado el dios, juró que perdonaba al género humano, pero, cansado de vivir en la

tierra, se remontó al cielo, dejando el cetro á su hijo Sohu.

Acerca de éste y de Gabu se contaban leyendas análogas, pero la historia más extensa es la de Osiris. Su mito es una de las formas que servían para trazar la lucha entre el bien y el mal, del día ordenador contra el caos. Osiris, es el ser bueno por excelencia. Este dios guerrea perpetuamente contra su hermano Sit-Tifón, el maldito. Asesinado y despedazado por él, recobra la vida gracias á la obra mágica de Isis, Horo, Anubis y Thot, y se convierte en modelo imitado hasta por los dioses. El sol, después de su desaparición en Occidente (llamado también Ra) seguía viajando doce horas por las misteriosas regiones de las tinieblas antes de aparecer de nuevo por Oriente. Su nacimiento y su muerte, repetidos indefinidamente todos los días, sugirieron á los egipcios la identificación de Osiris con Ra. Se había hecho sol, y en figura de Ra brillaba en el cielo doce horas al día, y en forma de Osiris ú Ounofri regía la tierra. Lo mismo que Ra es atacado y vencido todos los días por la noche, que al parecer le devora. A Osiris le vence

Sit, que le destroza y dispersa sus miembros para impedirle que resucite. Pero no mueren Osiris ni Ra. Osiris-Khont-Amentit, Osiris infernal, sol de noche, revive, como el sol, por la mañana, con el nombre de Harpecrudi, Horo niño, el Harpócrates de los griegos. Harpócrates, que es Osiris, lucha contra Sit y le vence, como el sol naciente vence las tinieblas de la noche, y vengá á su padre, pero sin aniquilar á su enemigo. Esta guerra servía asimismo de símbolo á la vida humana, que no se limitaba sólo á nuestra tierra. El ser que nacía en este mundo había vivido ya antes y tenía que vivir en otros. Su existencia terrestre era una etapa (*Khopriou*) de una vida cuyo principio y fin desconocía. Cada momento de ella respondía á un día de la vida del sol y de Osiris.



Obelisco de Osirtasen.

Los egipcios creían que el hombre estaba compuesto en forma distinta de la que hoy se supone. No tenía, como nosotros, cuerpo y alma. Poseía en primer lugar un cuerpo, y luego un duplicado de éste (*Ka*). El duplicado era como un segundo ejemplo del cuerpo, pero de materia menos densa, proyección coloreada, pero aérea del individuo, que lo reproducía con todas sus particularidades de edad y sexo. Más adelante, al elevarse las ideas, se reconoció en el hombre un ser menos tosco que el duplicado, pero dotado siempre de las propiedades de la materia, substancia que se consideró como la esencia de la naturaleza humana y que se imaginó en forma de ave (*Bi Bai*) ó partícula de llama ó luz que se llamó *Khu*, la luminosa. Cada alma tenía facultades diversas y no subsistía en el mismo medio que las otras. El duplicado vivía en el interior de la tumba y no la abandonaba. El *bai* volaba hacia otra tierra, y podía á su gusto salir de la tumba y volver á ella. El *Khu*, conocedor de toda la sabiduría humana, y provisto de todos los talismanes necesarios para vencer los peligros sobrenaturales, abandonaba el mundo para no volver y se juntaba con la cohorte

de los dioses de la luz. Definiciones tan diversas son contradictorias y habrían debido destruirse unas á otras, pero los egipcios, según iban modificando su alma, no supieron deshacerse de las nociones anteriores, y creían en el *ba* y en el *Khu*, sin renunciar á creer en el doble.

La idea de la vida futura se transformó según cambiaba la idea del alma. Los que creían que la parte duradera del hombre era el duplicado, se contentaron con afirmar que los muertos continuaban su existencia debajo de tierra, y les daban viveres, casa, criados y guardianes que los defendían contra animales monstruosos. Sus acciones terrestres no influían en el destino de ultratumba. Bueno ó

malo el muerto, una vez llevado á cabo el ritual, vivía rico y feliz en el sepulcro. Otros creían que el alma iba á otro mundo, con una retribución proporcionada á la conducta observada en la vida terrestre. La juzgaba un tribunal formado por Osiris, al cual auxiliaban 42 jueces infernales. El corazón del muerto hablaba en pro ó en contra de él. El alma impía caía en el infierno, donde no comía ni bebía más que materias inmundas, le perseguían los escorpiones y las serpientes, y sufría, después de mil torturas, la muerte y el aniquilamiento final. El alma justa, no quedaba, tras el juicio, exenta de pruebas y peli-



Pilones del templo de Luxor.

gro. Podía asumir todas las formas que quisiera, pero el mal combate contra ella bajo mil horribles figuras y trata de destruirla ó amedrentarla con amenazas. Para triunfar el alma, tiene que identificarse con Osiris, y recibir de Isis, Neftis y los dioses buenos, los auxilios que á Osiris dieron. Gracias á su apoyo, recorre las moradas celestiales y celebra en los campos de Ailou los ritos de la labranza mística: luego se mezcla con el grupo de los dioses y comparte con ellos la adoración al sol. Para merecer destino tan venturoso, los egipcios habían redactado una especie de Código de moral práctica, cuya versión más explícita se encontraba en el *Libro de los Muertos*.

La lucha entre Sit y Osiris acababa por el

triunfo de Sit. Lo menos durante cuatrocientos años, Sit reinó en Egipto en lugar de su víctima. Pero Osiris había tenido después de su muerte, un hijo llamado Horo, que debía vengarle. La relación de la guerra de Horo contra Sit, nos ha sido conservada por las ins-



Sembradores egipcios. (Pintura mural)

cripciones del templo de Edfu con un lujo de pormenores que no suelen tener las inscripciones verdaderamente históricas. Horo es llamado en éstas Harmakhis (Harmakhuiti). Tiene corte, ministros, ejército y escuadra. Su hijo mayor, Harhuditi, heredero presunte de la corona, manda las tropas. El primer ministro, Thot, dios de oficio é inventor de las letras, es además historiógrafo y encargado de registrar las victorias de su señor. En el año 363 de su reinado, pone en movimiento Horo su escuadra, su ejército y sus carros, baja el Nilo en su barca de batalla y somete ciudades, hasta que todo Egipto se prosterna á sus pies. No puede, sin embargo, aniquilar por completo á Tifón. Se somete á Gabu la decisión de la contienda entre ambos, y este dios divide el valle del Nilo en dos reinos, cuyo límite está en Tituí, al Sur de Memfis. Ya es un hecho consumado la constitución política de Egipto: el imperio se compone de dos mitades: la de Horo y la de Sit, el Alto Egipto y el Bajo, que al reunirse formarán el reino de los Faraones.

El primer rey conocido, ó á lo menos, el primero cuyo recuerdo conservaron los egipcios, se llamaba Mini (Menes), oriundo de Thini, en el Alto Egipto. Hasta entonces había correspondido á Onou y á los distritos del Norte la parte principal en el desarrollo de la civilización egipcia. Ra, dios de Onou, era el tipo por el cual se modelaron los de los demás dioses locales. Parece que el advenimiento del thinita destruyó la supremacía ejercida por la ciudad del sol. La monarquía, de la cual fué fundador oficial, duró lo menos cuatro mil años, con treinta dinastías consecutivas. Este período suele dividirse en tres partes: El Impe-

rio Antiguo (dinastías I á XI). Imperio Medio (de la XII á la invasión de los Pastores). Imperio Nuevo (desde la invasión hasta la conquista persa). Esta división tiene el inconveniente de no ajustarse bastante á la marcha de los sucesos. En efecto, hubo cuatro grandes revoluciones en la vida política de Egipto. Al principio de las edades, el centro de gravedad del país descansa en Thinis, capital y tumba de los reyes, pero con la tercera dinastía, impone Memfis sus soberanos á todos y es emporio del comercio y la industria. Cuando manda

la VI dinastía, el centro de gravedad tiende á avanzar hacia el Sur. Se detiene primero en Heracleópolis, en el Egipto Medio (dinastías IX y X) y luego con la XI se fija en Tebas. Desde entonces viene siendo Tebas la capital real, y á excepción de la dinastía XIV, todas, desde la XI á la XVI son tebanas de origen. Cuando los pastores invaden el valle, es la Tebaida refugio de la nacionalidad egipcia, y sus príncipes, después de haber luchado siglos enteros con los conquistadores, acaban por libertar el reino entero en beneficio de una dinastía tebana (la XVIII) que abre la era de las guerras extranjeras. En tiempo de la XIX dinastía, un movimiento inverso al indicado lleva el centro de gravedad hacia el Norte y el mar. Con la dinastía XXI pierde Tebas su categoría de capital, y Tanis, Bubastis, Mendes, Sebennyts y Sais sobre todo, se disputan encarnizadamente la primacía. Toda la vida activa se concentra en los nomos marítimos. Los de la Tebaida, arruinados por las invasiones etiópica y asiria, pierden su influencia; Tebas queda dormida y no sirve más que para atraer viajeros curiosos. Por eso me propongo dividir la historia de Egipto en tres períodos, correspondientes á la



La siega de las mieses. (Pintura mural.)

supremacía de una ciudad ó de una porción del país sobre todo él.

1.º Período arcaico (dinastía I á X): subdividido en dos secundarios.

a) Imperio Thinita (dinastías I y II),

b) Imperio Memfita (idem III á X).

2.º Período tebano (idem XI á XX). Supremacía de Tebas y reyes tebanos. Período dividido en dos partes por la invasión de los pastores.

a) Antiguo imperio tebano (dinastías XI á XIV).

b) Nuevo imperio tebano (idem XVII á XX).

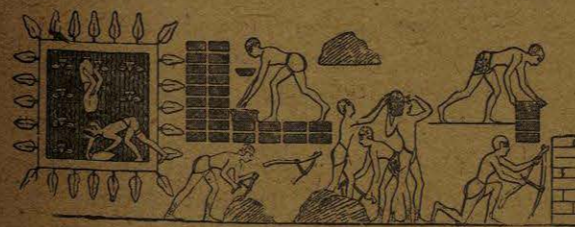
3.º Período saíta (dinastías XXI á XXX). Supremacía de Sais y otras ciudades del Delta. Dividido en dos partes por la invasión persa.

a) Primer período saíta (dinastías XXI á XXVI).

b) Segundo período saíta (idem XXVII á XXX).

Menes y las dinastías thinitas.

Hasta hace poco tiempo, los príncipes thinitas, aunque fuera, segura su existencia, eran para nosotros una especie de fantasmas, tan poco tangibles como los dudosos *servidores de Horo*, de que habla la tradición. Se nos decía que á su advenimiento, no quiso Menes fijar la residencia del gobierno en el punto de su nacimiento. A nuevo imperio, capital nueva. Fundó á Memfis, á la orilla izquierda del Nilo, á algunas leguas al Sur del Delta, cegando el brazo que iba al Mediodía, y cambiando el curso del río, según Herodoto. No es posible decir lo que haya de verdad en tal tradición, lo mismo que en las que representan á Menes como tipo acabado del monarca egipcio, constructor, legislador y soldado. Construye el templo de Phtah, reglamenta el culto de los dioses, es conquistador en ciertos

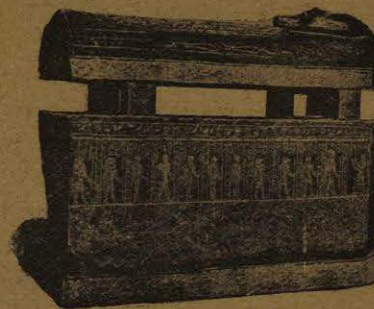


Ladrilleros egipcios. (Pintura mural.)

casos, y lleva á los ejércitos fuera de las fronteras. Dícese que entre tanto perdió á su único hijo en la flor de la edad, y el pueblo compuso con tal motivo el Maneros, canto fúnebre, cuya letra y música se transmitieron de

siglo en siglo. Añaden que fué amigo del lujo, que inventó el arte de servir bien una comida y

enseñó á sus súbditos á comer acostados en lechos. Por eso un príncipe saíta, Tfnakhiti, padre del Boccoris de



Sarcófago egipcio de piedra.

la dinastía XXIV, durante una expedición contra los árabes en que la aridez del desierto le obligó á renunciar á la pompa y regalos de la realeza, maldijo solemnemente á Menes, y mandó grabar sus imprecaciones en un pilar erigido en el templo de Ammón, en Tebas. De todos modos, este rey, al que podemos llamar el primer rey humano, fué siempre querido de los egipcios. Su nombre se encuentra á la cabeza de casi todas las listas reales, y su culto continuaba en tiempo de los Ptolomeos.

Lo mató un hipopótamo á los sesenta ó sesenta y dos años de reinado, y lo poco que sabemos de sus sucesores es más novelesco que histórico. Manetón enumeraba con supersticiosa complacencia los milagros ocurridos durante sus reinados. Una grulla de dos cabezas que apareció en el primer año de Teti, hijo de Menes, fué para Egipto el presagio de una larga prosperidad. En tiempo de Onefas, un hambre terrible diezmo la población. Teti había fundado el gran palacio de Memfis y Onefas erigió la pirámide de Ko-Kome, cerca de donde está ahora Saqqarah. Varios reyes de estos tan remotos que apenas parece que hayan vivido, ambicionaron el renombre de escritores y sabios. Teti había estudiado la medicina y compuso tratados de anatomía. Ciertas obras descubiertas en tiempo de Housafaiti el Verdico, pasan por ser suyas. En tiempo de Senempses, nieto de éste, la peste asoló la comarca, se cometieron grandes crímenes y estallaron revueltas, que acabaron con la primera dinastía.

La segunda no tuvo suerte más favorable. Del tiempo de su fundador, Bohetos, no sabía el historiador Manetón más que un desastre. Se abrió un abismo cerca de Bubastis, y se